

EL ORÁCULO

Hace mucho tiempo, en una época donde la magia todavía era real entre las personas, existía un pequeño pueblo en los rincones del mundo, apartado del resto de la sociedad.

Era una aldea sencilla, con casetas de adobe y madera hechas a mano, granjas, mercadillos con tiendas de tela y un pequeño río corriendo por el oeste, rodeado de pequeños huertos y un molino de madera aprovechando la corriente. En aquel pueblo no había ningún rey ni reina, ningún líder ni presidente. Los dirigía una serie de personas que, según se decía, tenían un don sobrenatural; podían ver el futuro.

Se llamaban Oráculos. Vivían en una gran casa, parecida a un castillo, construida con vivos colores y la mejor arquitectura que el pueblo tenía para ofrecer, ocupando el centro de la aldea. En realidad, entre aquellas personas había tanta cooperación y amabilidad, que el Oráculo no solía tener que hacer mucho más que asistir a pequeñas reuniones sobre el reparto de los bienes por el pueblo y organizar cada veinte años la gran celebración del Día de la Estrella de Hielo, donde, apoyada por la luz del gran cometa que sobrevolaría el cielo aquella noche, haría una

gran predicción sobre los veinte años siguientes, augurando cada gran catástrofe y cada éxito importante de los próximos veinte años.

No se elegían por votos, sino que cada Oráculo elegía a su predecesor. Y, según decían, lo que hacía tan especiales a los Oráculos era que nunca, jamás en sus vidas, cometían ningún fallo.

Hacia siglos que no venía nadie extranjero a visitar el pueblo, así que la diversidad genética se había reducido tanto que todos habían acabado con el mismo aspecto; Pelo rubio platino, piel morena, y ojos azules. No podían hacer nada para cambiarlo, y de igual manera, a nadie realmente le importaba. Mientras no interfiriera en la evolución de la aldea, a todos les parecía bien.

Por esa razón hubo todo un revuelo en el pueblo cuando un día cualquiera, de una pareja cualquiera en una casa cualquiera, nació una niña con una brillante melena negra, ojos verde bosque y piel pálida como la luna.

Fue bautizada como Silvie a los cuatro meses, en una ceremonia a la que casi todo el pueblo asistió. La gente acudía al Oráculo en busca de alguna predicción, alguna idea sobre de dónde y por qué había aparecido de repente una niña tan extraña, tan diferente, que podía significar. Y él solo negaba con la cabeza, incapaz de dar ninguna respuesta.

Silvie fue tratada de un modo especial durante los siguientes ocho años, recibiendo atención extra por parte de los adultos y

prácticamente ninguna por parte de los niños de su propia edad, que se apartaban de ella y se rehusaban a hablarle. Todo el pueblo esperaba, expectante, que aquella niña diferente se revelara en algún momento y les mostrara a todos el suceso revolucionario que, claramente, auguraba con su mera existencia.

Y, poco tiempo después, se lo mostró; fue en la parte sudoeste de la aldea, donde, doce años atrás, en el Día de la Estrella de Hielo, el Oisculo había predicho que habría un gran derrumbe. A pesar de haber estado avisados, no todos habían podido salir a tiempo, y una persona había sido aplastada por el derrumbe. Su familia se había retirado a su choza, desconsolada.

Como era costumbre, todas las familias vecinas fueron a visitar su casa a darles su pésame. La familia de Silvie fue una de las primeras, trayendo como regalo unos cuantos viveres y manjares en una humilde cesta.

Mientras sus padres hablaban en tono comprensivo con la madre, Silvie merodeaba con la mirada perdida por la cabaña. El hermano del chico fallecido la observaba dar vueltas con pasos torpes, con el ceño fruncido.

"Muchas gracias", decía la madre a sus espaldas, dedicándoles una sonrisa triste. Justo cuando se iban a marchar, una débil luz brotó de la nada, en el centro de la sala.

Todos miraron asombrados cómo la luz se expandía por el aire, condensándose, hasta tomar la forma de un chico de unos veintiséis años, flotando en el aire con una mirada confundida.

"¿Mamá?"

La madre tenía los ojos como platos, pero se sacudió la sorpresa rápidamente y fue a abrazarle como si le conociera.

Los padres de Silvie se hallaban paralizados ante la puerta, admirando ese suceso increíble. Silvie saludó al fantasma amigablemente, nada asustada, y él le sonrió por encima del hombro de su madre y le guiño un ojo.

El rumor sobre la niña de los espíritus corrió como el viento por el pequeño pueblo. En vez de considerarlo una amenaza, todos lo consideraron como una buena señal; una especie de mensajera del Más Allá. Muchas personas con amigos o familiares fallecidos acudían a Silvie, con la esperanza de hablar, ver, y pasar un rato con aquellas personas perdidas hace tanto tiempo.

Ella siempre accedía, claro. Dada la falta de amigos de su edad, empezó a invocar a espíritus de todo tipo; jóvenes, ancianos, incluso a un par que ni siquiera tenían el aspecto típico de la aldea. Hablaba con ellos, jugaba, e incluso les recordaba para después, cuando ya irremediablemente desaparecieran, poder volver a invocarlos. Se convirtieron en sus amigos y, después de un tiempo, verlos pasear junto a ella por los confines de la aldea se volvió una cosa no tan rara, e incluso normal.

Los años pasaron, y todo iba bien. Poco después de su decimosexto cumpleaños, recibió la invitación a la gran celebración del Día de la Estrella de Hielo, donde el Oráculo, como siempre, saldría de su pequeño castillo para dar la gran predicción de los próximos veinte años. Todo el pueblo estaba expectante.

La noche de la celebración, se quedó un poco más tiempo del previsto con sus amigos espíritus, que le estaban enseñando unos trucos impresionantes que solo los fantasmas podían hacer. Entre risas, les dijo a sus padres que no pasaba nada. Podían adelantarse e ir sin ella, que acudiría un rato más tarde. Los niños no estaban obligados a asistir, de todas formas. Ellos asintieron y se fueron.

En la ceremonia, todo pasó más o menos como todos lo esperaban. El Oráculo se sentó en un pequeño trono y fue relatando todos los grandes eventos que ocurrirían en los próximos veinte años; unos cuantos avances médicos, el descubrimiento de una nueva semilla, y un puñado de catástrofes. La gente murmuraba entre ellos, no demasiado impresionados.

De repente, mientras relataba una inundación que ahogaría los huertos cercanos al río, una sombra le cubrió el rostro. Paró de hablar. Se levantó de la silla y extendió sus manos, el humo de las hogueras trazando espirales por encima de su cabeza.

"Dentro de poco", sentenció, "la niña de pelo negro y ojos verdes se alzará. Despertará a Junia, y levantará un ejército de espíritus sobre el pueblo, destruyendo todo y a todo aquel que se encuentre en su camino".

Todos se quedaron con los ojos como platos, la boca abierta, como si alguien les acabara de golpear con una sartén. Hablaron entre ellos, en murmullos, con voz preocupada. Pero no tenían elección, acordaron. No podían permitirlo.

Casi todo el pueblo se levantó. Cogieron rasillos, antorchas, lanzas, todo lo que encontraron a mano. Pasaron por delante del Oráculo, que les observó sin decir nada mientras marchaban por las calles.

Silvie venía trotando por la calle principal, pensando en sus cosas. Vio a la turba de gente armada, con antorchas flameantes, y se paró confundida.

Solo le dio tiempo a ver las caras de sus padres al final de la muchedumbre, serias, pero sin hacer nada, antes de sentir como si algo le atravesara el pecho, y que todo se volviera negro.

Despertó después de lo que se le hizo como una eternidad, en un sitio brumoso, poco definido, de colores apagados. Cientos de espíritus circulaban alrededor de ella, murmurando cosas para sí mismos mientras deambulaban sin rumbo fijo. Se miró a sí misma; Era un fantasma. Estaba muerta. La habían matado, pero ¿por qué?

Se tapó la cara con las manos, y rompió en llanto. Pero después de un rato, la tristeza se volvió enfado. Y después, furia. Ella no había hecho nada para merecer la muerte. Se merecían venganza.

Entonces, hizo acopio de todo su poder, reunió a un gran ejército de espíritus, y se alzó hasta el mundo real.

Su plan era castigar a la aldea; romper las casas, derribar el castillo del Oráculo, e incluso echar alguna maldición sobre los huertos si era posible. Pero estaba tan furiosa, que sus poderes escaparon de su control, y acabaron destruyendo todo lo que encontraron en su camino hasta acabar con el pueblo entero.

Por esto, el Oráculo Jalecio bajo las ruinas de su propia casa, aplastado bajo los escombros. Y, sin embargo, se fue con la conciencia limpia, de un Oráculo que sabe que nunca, jamás en su vida, había cometido ningún fallo.

FIN